

ANTAGONISMO

“La verdad de la vida, como la entiendo ahora, radica en los impulsos básicos que residen en algún recóndito lugar de nuestra mente. “

Enrique R.

EL ENCUENTRO

Era improbable que nos encontráramos de nuevo, y mucho menos aquí. Pensé que era algo inconcebible, imposible, irrealizable. Después de todo lo convenido. Cuando recibí esa llamada, en un principio no reconocí la voz, oí el nombre y no pude recordarlo. Hasta que mencionaste La Tierra. Aquella Tierra inolvidable, que todavía, luego de transcurrir veinte años, no me deja conciliar el sueño. Cada vez que cierro los ojos, horrores inimaginables ingresan de la oscuridad y actúan en el escenario de mi mente, llevándome a un abismo que me aferra al borde de la locura. En las noches me descubro con el sudor ahogando cada uno de los poros de mi piel, mientras mi garganta lucha por desalojar el terror de un sueño con un grito que muere en la incapacidad de mi conciencia.

Y ahora nos encontramos de nuevo, en la misma taberna que antes, sentados frente a la botella de trago, mirándonos a los ojos, cada uno esperando a que el otro comience a hablar. Un raro aire se respira en el ambiente. El humo de los cigarrillos se acumula alrededor de la lámpara, la cual — por cierto — no alumbraba demasiado. Mejor. No quisiera que alguien viera la cara de muerto viviente que tengo en este momento. Estoy pálido como un cadáver. Te miro y no entiendo como llegamos de nuevo aquí. Es increíble que esta situación se repitiera. Todo estaba previsto, todo menos esto. Y ahora te veo y no sé que decir. Ninguna idea logra formarse en ese hervidero que tengo por cabeza. Entonces te paras, las manos en los bolsillos, y comienzas a hablar. Al principio no logro entender lo que dices, el terror no me deja entender el significado de las frases que salen de tu boca como serpientes venenosas. Me miras y afortunadamente entiendes el estado en el que me encuentro y me das un momento de respiro. Me sirvo un trago doble de vodka y me lo tomo de un golpe. Trato de encender otro cigarrillo con manos temblorosas, intento con un fósforo, pero se apaga. Una luz me ilumina la cara y veo que me ofreces tu encendedor. Aspiro profundamente el humo y cierro los ojos. Entonces comienzas a hablar de nuevo. Tus palabras abren puertas herrumbradas en mi cabeza, poco a poco comienzo a entender lo que dices. Y los recuerdos, que eran sólo vagas formas terroríficas que no me permitían dormir bien, toman dimensiones desproporcionadas y afluyen en tal cantidad que terminan por aterrorizarme e infundirme más miedo. Paras de hablar, me miras con firmeza en los ojos y me dices la frase que no quería escuchar en toda mi vida:

— Tenemos que regresar.

— ¿Tenemos? — Trato que mi voz se mantenga normal, pero al final de la palabra, sube en un desesperado y desafinado crescendo y se corta abruptamente. Tomo aliento y lo intento de nuevo. — Yo no tengo ninguna obligación en ir de nuevo. Ni siquiera lo voy a pensar. ¡Mi respuesta es no, No, NO!

Me miras fieramente, pero no dices nada para convencerme. Ni siquiera lo intentas y eso me asusta. No eras así. Entonces sí está pasando de nuevo, ahora estoy seguro. Pero no quiero, no quiero, no quiero...

— Entonces iré solo. — Me miras con firmeza, pero tus ojos parecen asustados y totalmente perdidos. — El que está ahí, es mi hermano. — Me atraganto de horror, pero no levanto los ojos. Si lo hago, me rendiré. Después de un pequeño silencio, continúas: — Fuimos quince guardianes. Ahora quedamos dos. — Tus ojos se clavan en los míos. — Tú y yo.

En el momento que me miras, pierdo el control. Me enfurezco. La mesa salta por los aires, te agarro por las solapas de tu chaqueta deportiva, y te atraigo a mí:

— ¿Quién fue el desgraciado que lo inició de nuevo?

Callas y al mirarte, no sin sorpresa y con horror, entiendo que fuiste tú. Te suelto y busco lentamente el asiento. Aparto al mesero que acude en tu ayuda, pensando que estoy borracho y voy a iniciar una pelea. Le digo que estoy bien, que no pasa nada, pero no es así. ¡Maldita sea! ¡No es así!

— Tenía que visitarla. No podía vivir tranquilo sin saber si estaba bien.

— ¡Idiota! ¡Si nosotros arriesgamos nuestros pellejos para que estuviera bien! Millones arriesgaron sus vidas y miles la perdieron. Ella también arriesgó la suya, como todos... Tenía que estar bien...

— ¡Y lo estaba! ¡Maldición, lo estaba! Yo fui con Jorge para verla, no más. Estaba bien. Ella me contó que todo estaba bien desde que nosotros nos fuimos. Cuando Jorge y yo nos íbamos, fue que todo se vino abajo.

Lentamente, en mi mente empieza a formarse una idea, una idea que al principio deshecho, porque la considero imposible, pero los hechos saltan a la vista.

— Tú fuiste el que lo causaste. ¡Rompiste el equilibrio!

Me miras, al principio sin comprender. Después, poco a poco comienzas a entender lo que digo y tus ojos se abren más y más. Las rodillas te fallan y te dejas caer como un fardo viejo en el asiento.

— ¿Qué fue lo que pasó? — Te pregunto cansadamente y comprendo que no estás en condiciones de responder. No todavía, pero lo estarás, lo dirás.

Así, pasan varios minutos en los cuales alcanzo a fumar dos cigarrillos, prendiéndolos uno directamente del otro. Tú, tomas vodka como desesperado, intentando ahogar en el alcohol la preocupación por tu hermano, tu vergüenza y aun más, que todavía no ha sucedido, pero sucederá. La culpa de las muertes, de las miles de muertes de las que serás responsable si volvió a empezar. Millones de almas perdidas por nada, sin saber, sin poder predecir si tu alma o la mía será una de aquellas perdidas para siempre en la oscuridad...

— ¿Recuerdas como se inició? Es decir, — añado precipitadamente — cómo empezó cuando fuimos los quince.

— No fuimos los quince. Nosotros llegamos después. Después de los otros diez. Ellos ya estaban atrapados ahí. Y nosotros los seguimos como estúpidos borregos. ¡MALDICIÓN!

Ese grito me desgarró el alma y en ese momento recuerdo. Lo recuerdo como si pasara ayer y no hace veinte años. Como si dentro de mi cabeza se encendiera

una gigantesca pantalla y comenzara a transmitir una película de horror, una película que se titulaba...

I

El día era especial en muchas maneras. Era el final de los exámenes de la universidad, habían entregado las notas y yo estaba contento porque había aprobado todas las materias. No con un excelente, pero las había aprobado y era lo que importaba. El Efecto del Niño estaba calentando la ciudad de una manera increíble y daba la impresión de que me encontraba en la costa o en algún lugar del trópico y eso me encantaba. El hecho de que por ese efecto se secaban las reservas de agua de la ciudad y que se perdían las cosechas y el ganado moría de hambre, no me importaba. Sabía que no me afectaría, no demasiado. También era viernes, día en el que nos reuníamos con mis amigos a salir a tomar unas cuantas cervezas, bailar y divertirse hasta el cansancio o hasta que la policía cerrara el local por la ley zanahoria¹. Hoy se cumplía un año de tener a Sandra como mi novia y cualquier cosa podía pasar. En fin, era uno de los pocos días del año cuando todo es perfecto y salía mejor de lo planeado.

La universidad estaba repleta y el bullicio de los estudiantes, emocionados con el último día, confundía a las personas no acostumbradas. La mayoría estaban felices, sin embargo se veían caras alargadas, otras con lágrimas, y muchos jóvenes con los puños rojos, hasta sangrando en algunas ocasiones, por desquitarse con las paredes del recinto al conocer los resultados del semestre. Afuera, el bullicio era más alto. Los estudiantes ya empezaron la celebración y muchos de ellos se encontraban bastante borrachos, sin importar que hasta ahora fueran las tres de la tarde. La música salía en gigantesco volumen de los diferentes locales y automóviles aparcados cerca del claustro, entrechocaba entre sí, se mezclaba con la feliz algarabía común creada por los cientos de estudiantes y se elevaba espantando a las palomas, habituales residentes del lugar. El olor a cerveza y aguardiente impregnaba el ambiente y todo eso junto, creaba esa ocasión especial para bailar, divertirse, olvidar los problemas y dejar que el impulso, encerrado durante más de cuatro meses, actuase a su voluntad y que la razón descansara un poco. Si el arrepentimiento venía, lo haría después, en la mañana, junto con la descomunal resaca. Todo eso no importaba en el momento. Lo importante era desahogarse y dejarse llevar. Dejarse llevar. Aprovechar el momento.

Cuando divisé a mis amigos de siempre, corrí a su encuentro, impaciente por dejarme llevar por esa locura. En total eran cuatro. Juan José era alto, robusto, con un porte militar y aire de inocencia que siempre inspiraba confianza. Prestó el servicio militar obligatorio y parecía no recobrase de la experiencia. Era un estudiante promedio, quería aprender, pero tenía dificultades para ello. Lo saludé por el apodo: JJ. Después estaba Heitter. Era bajo. Medía poco más de metro con cincuenta y, a pesar de tener ya más de veinte años, tenía una cara tan joven que cualquier persona que no lo conociese le daría menos de dieciséis. Ese hecho

¹ Ley que ordena cerrar todo expendio de bebidas alcohólicas, incluyendo las discotecas, a partir de la 1:00 a.m. N. del A.

dejó de importarle hacía rato, pero nosotros acostumbrábamos molestarlo al respecto. Heitter era un tahúr empedernido y, cuando no estaba estudiando o en la casa, siempre se le encontraba en el casino, apostado a unas veinte cuadras de la universidad. Me debía plata en ese momento y aproveché la ocasión para realizar el reclamo. De inmediato, sacó un fajo de billetes del bolsillo y nos comunicó, con aire de confidente, que ganó mucho dinero jugando black jack la tarde anterior. Andrés se encontraba al fondo, sentado en el andén, tomando una cerveza, calladamente. No tenía porque preguntarle el motivo de su estado de ánimo: había perdido el semestre. Su afición al billar le costó el semestre. No quise molestarlo por el momento. Sabía que hablaríamos después. Faltaba Miguel, quien por virtudes de su mal genio y las ganas de hacerse notar ante todo el mundo, era el último en salir del salón. Llegó cinco minutos después.

Cuando los cinco estuvimos reunidos por fin, nos lanzamos de cabeza a ese ritual de fin de semestre que se desarrollaba frente a nosotros.

II

Eran más de las nueve de la noche cuando por fin, después de convencer a JJ a que soltara por las buenas la botella de cerveza vacía y dejarlo con Heitter en el casino, decidí emprender rumbo a casa. Tenía una cita con Sandra y no podía faltar. Quedamos en ir a la Zona Rosa a celebrar nuestro aniversario y quizás algo más... Me encontraba con el ánimo en alto, pero la presencia de Andrés en el carro, con su cara larga y el inusual silencio que provenía de él, no dejaban que mi cara expresase mis verdaderos sentimientos.

— ¿...y entonces qué va hacer? — Le pregunté a Andrés, mientras conducía por la Avenida Circunvalar, hacía el norte de la ciudad.

— Supongo que ponerme a trabajar. — Respondió él, con aire cansado. Miraba por la ventana y estaba bastante asustado. No sabía cómo reaccionarían en su casa ante la noticia. — Y pediré el reintegro, claro.

— Lástima, hombre. — Miguel estaba en la parte de atrás del carro y se encontraba medio dormido, pero atento. Era una peculiaridad de él: así estuviese dormido, podía mantener una conversación sin perder el hilo. — Va a perder todo un año. Nosotros lo adelantaremos por dos semestres.

— ¿Y cree que no lo sé? Y eso si me dan el reintegro. — Andrés se encogió de hombros y abrió la ventana. — Necesito aire.

Hubo un silencio largo que ni siquiera el éxito del momento, que transmitía la radio, disipó. Comprendía de sobra lo que sentía Andrés, ya que en el primer semestre me ocurrió algo semejante, pero me salvé gracias a las buenas relaciones que tenía con una de las profesoras, quién me permitió volver a presentar el examen, aunque esto no estaba en el reglamento. Nadie se enteró de ello, ni siquiera mis amigos. Sin embargo, cuando supe la noticia, imaginé con claridad la reacción de mis padres y sentí miedo y vergüenza. Entendía lo que pasaba en este momento por la cabeza de Andrés, pero no se me ocurría una forma de calmarlo. Conocía bien a sus padres y sabía que sus miedos no eran infundados.

— Bueno, hermano, — Miguel abrió su bocota para no cerrarla, — creo que está jodido. Endemoniadamente jodido... — Concluyó con aire de filósofo.

— ¿Y cree que no lo sé? — Exclamó con rabia Andrés y, por la entonación de su voz, supe que estaba al borde del llanto. Tenía que cambiar de conversación de inmediato, antes de que Andrés decidiera dar rienda suelta a su frustración y miedo, y se descargara con Miguel, quien, la verdad sea dicha, se la estaba buscando.

— Bueno, entonces al fin ¿vamos a jugar o no? — Pregunté, desviando la conversación a otro tema.

Los juegos rol eran nuestro pasatiempo preferido. JJ y Heitter nunca gustaron del juego. Uno preocupado por el estudio; el otro, por vivir en el casino. Sin embargo nosotros tres éramos fanáticos y pasábamos horas perdidos en fortalezas, castillos, bosques; luchando contra bestias salvajes y monstruos;

rescatando bellas doncellas y tesoros inimaginables, ocultos en laberintos, guardados por dragones mitológicos.

— ¡Claro que sí! — Por fin los ojos de Andrés se iluminaron ante la perspectiva de olvidar el mundo real y volver a la vida de su paladín. — ¿En la casa de quién?

— Creo que en la mía, esta vez. — Miguel abrió por fin los ojos y se sentó. Él también se sentía excitado por el plan. — Es mi turno. — Desgraciadamente, como el juego requería gran tiempo y espacio, rotábamos los turnos.

— Quedamos en que Andrés iba por el desierto, con la niña en los brazos, para llevarla a la ciudad de Mirros. — Comencé a refrescarles la memoria, para no perder tiempo en preparativos.

— Sí. Estoy en las afueras de la ciudad tratando de evadir a los soldados que me están buscando... — Confirmó Andrés.

Entonces, recordé a Sandra y nuestra cita a las diez y media. Sopesé con cuidado: novia-juego. Tenían la misma importancia y no sabía qué hacer... Sin embargo, la palabra ANIVERSARIO se iluminó en mi cabeza.

— Lo siento, amigos. — Dije, con verdadero pesar. — Hoy no puedo. — Y rápidamente me expliqué.

— Vaya... — Dijo Miguel despectivamente, luego de lanzar un prolongado silbido. — Lo tienen amarrado, viejo. Está jodido...

— Si tuviera novia, creo que estaría igual. — Le respondí de mala forma y apreté los dientes.

— Creo que Enrique tiene razón, Miguel. — Dijo Andrés. — Dejemos el juego para mañana...

— Eso si usted está vivo... Para mañana... — Metió otra vez la leña al fuego Miguel.

— ¡Cállese, de una vez por todas! — Exclamé. — En lugar de joder la vida a los demás, debería pensar en una forma de ayudar...

Miguel se tomó su tiempo en contestar:

— Está bien, Enrique. — Dijo apaciguante. — Mejor pensemos en qué vamos hacer mañana.

Todos estuvimos de acuerdo, por primera vez, con la idea de Miguel.

III

Tres meses después, Andrés vivía en un apartamento, rentado en el centro de la ciudad. Sus padres no le perdonaron su fracaso y mucho menos la expulsión de la universidad. Simplemente, le entregaron dinero y dijeron que de ahora en adelante se valdría por sí mismo.

Con ese dinero, Andrés rentó el apartamento y comenzó a trabajar como empacador en un almacén de cadena. Lo que ganaba, alcanzaba para pagar el alquiler y comprar los alimentos necesarios para vivir decentemente. Nosotros ayudábamos como podíamos, pero con discreción, ya que conocíamos su temperamento. Ahora teníamos un sitio para reunirnos a jugar con tranquilidad. El apartamento era el rincón ideal. Sin embargo, notamos que el interés de Andrés por Calabozos y Dragones decayó. Al ser expulsado de la universidad y de la casa, él había recibido dos golpes terribles que no podía o no quería superar. Se sumergía cada vez más en la autocompasión y perdía interés por la vida poco a poco. Estábamos desesperados por él. Pero, ¿cómo ayudar a una persona que no quiere ser ayudada? Él sólo quería hundirse. Y no económicamente - Andrés no era estúpido ni suicida - su lado espiritual, su moral desaparecían y nosotros nos dábamos cuenta de ello.

Un día, cuando sólo faltaba Andrés en el grupo, nos preguntamos ¿qué hacer? ¿Cómo revivirlo? JJ, después de mirarnos largo y tendido, sin pronunciar palabra, por fin abrió la boca:

— Tal vez deberíamos llevarlo a un psicólogo. Yo también tuve problemas y uno me ayudó a salir de ellos.

— ¡Sí, claro! — Se burló Miguel. — Vamos y le decimos: Oiga, hermano, creemos que está loco y que debería ver al loquero. ¡Si quiere, lo llevamos donde uno! ¡Ja, ja, ja, ja!

— No de esa forma. — Traté de ayudar a JJ, puesto que la idea me pareció buena. — Deberíamos encubrir el hecho de que es un psicólogo.

— ¿Y cómo lo hacemos? — Miguel parecía dispuesto a no dejarse llevar por la idea. Heitter daba vueltas por la habitación, realmente absorto. De repente se detuvo y, con timidez, comenzó a hablar:

— ¿Ustedes recuerdan que Andrés siempre se interesó en la hipnosis? — Cuando obtuvo nuestra confirmación continuó. — Bueno, ustedes saben el problema que tengo yo con el juego. Aunque soy adicto ahora, antes era peor. Mucho peor.

— ¡¿Peor?! — Miguel casi se cae de la silla por la sorpresa, pero se incorporó y, conteniendo la risa, dijo: — Si usted lo único que hace es jugar. ¿Cómo puede ser eso peor?

— ¡Pues sí! Yo era peor de lo que ustedes se imaginan. ¡Sí! Paso mucho tiempo en el casino, apostando, pero tengo mi límite. En cambio antes, — Heitter pareció estremecerse ligeramente y bajó el tono de la voz. — Antes yo robaba.

Ahora sólo juego con el dinero que yo mismo me gano, pero antes yo robaba para jugar.

Un largo silencio se impuso en la habitación. Nadie esperó una confesión de semejante magnitud y ahora repasábamos mentalmente aquellas cantidades, pequeñas cantidades de dinero que desaparecían de nuestros bolsillos o mochilas. Formábamos un círculo, sentados alrededor de la habitación y Heitter se encontraba en la mitad, bajo las miradas acusadoras de sus compañeros. Y aunque sabíamos que el paso dado, la confesión realizada, afectaría nuestra relación, también estábamos al tanto de que al hacerlo, demostraba en verdad el cambio efectuado en él.

— Bueno, y eso ¿qué tiene que ver con Andrés? — Preguntó JJ, sin mirar a Heitter.

— Mucho. — Heitter pareció recobrase y habló con más fuerza. El peor momento había pasado. La revelación estaba hecha y no tenía nada más que temer. En realidad, sintió como un peso, llevado durante largo tiempo sobre sus hombros, caía, dejándole una hermosa libertad para actuar, sin tener nada que ocultar ante nosotros. — Después de que robé en la casa una gran cantidad de dinero y mis padres lo descubrieron, me enviaron con un psicólogo. Me ayudó a superar en parte el problema. Lo curioso, es que él aplicaba la hipnosis y la autosugestión para ayudar a sus pacientes, tal y como lo hizo conmigo. En este momento, todavía estoy asistiendo al tratamiento y podría hablarle acerca de nuestro problema. Él sabrá que hacer.

— Y ¿no lo echaron de la casa, hermano? — Preguntó Miguel siempre conteniendo la risa. — Porque eso es lo que yo haría si...

— No más, Miguel. — Respondió Heitter. — Me dieron una oportunidad, eso es todo. Creo que todos los padres deberían hacer lo mismo.

Pensé que ese último comentario iba dirigido más a los padres de Andrés que a Miguel y mentalmente estuve de acuerdo con Heitter.

— Pero entonces ¿qué? — Preguntó JJ, alisándose nerviosamente el cabello. — ¿Lo llevamos con el psicólogo?

— Creo que sería lo ideal. — Dije. — De hecho, a mí me encantaría que me hipnoticen.